



RESUMEN

En este artículo se expone la práctica filosófica que a principios de siglo desarrolló el filósofo alemán Leonard Nelson (1822-1927) para filosofar con grupos de estudiantes e inspirada en el método socrático. El autor hace un repaso a los beneficios para la vida personal y social que proporciona el uso diálogo socrático a diferentes contextos (educativo, empresarial, institucional...) por las características específicas de esta metodología: partir de una experiencia concreta de los participantes, buscar el consenso del grupo, ejercitar la empatía, la capacidad de escucha y la tolerancia, propiciar el uso del pensamiento crítico y autónomo, mejorar la autocomprensión y el desarrollo personal.

Palabras clave: Dialogo Socrático, Práctica Filosófica, Ética Aplicada, Ética de los Negocios, Didáctica de la filosofía

ABSTRACT

This article exposes the philosophical practice that developed at the beginning of the century the german philosopher Leonard Nelson (1882-1927) to philosophize with his groups of students, and inspired by the socratic method. The author recalls the benefits to social and personal life that fosters the use of Socratic dialogue in different contexts (education, business, organizations...) by the particular characteristics of this methodology: it starts by a concrete experience of the participants; strives for the consensus of the group; practice the skills of listening, empathy, and tolerance; promotes autonomous and critical thinking and improves self-analysis and personal self-fulfilment.

Key words: Socratic dialogue, Philosophical Practice, Applied Ethics, Business Ethics, Teaching of Philosophy

Los «beneficios» del diálogo socrático¹

Dries Boele

driesboele@wxs.nl

Traducción de Gabriel Arnaiz y Felicidad Martínez-Pais

La filosofía es una actividad en alza. Las formas prácticas de la filosofía atraen cada vez más atención y el interés por la práctica filosófica individual² ha dado lugar hasta el momento a tres congresos internacionales.³ Además de la práctica filosófica individual, hay otra forma de filosofía que se practica con mucho éxito, sobre todo en Holanda: el diálogo socrático. Mientras que la práctica filosófica individual se centra fundamentalmente en los problemas personales, el diálogo socrático se practica en grupo, tanto con individuos particulares como en empresas,

¹ Este artículo se presentó en el III Congreso Internacional de Práctica Filosófica que tuvo lugar en Nueva York, en julio de 1997. Quiero expresar mi agradecimiento a Annemie Halsema, Hans Bolten y Rene Branton-Saran, por sus críticas y aclaraciones mientras lo escribía. [N. del T.: El artículo posteriormente se publicó en la revista *Inquiry: Critical Thinking across the Disciplines* 17, 3, 1998, pp. 48-70]

² (N. del T.) Denominamos así al «philosophical counseling», es decir, a la práctica de la filosofía con individuos con fines terapéuticos, que se ha traducido en nuestra lengua de diversas formas: asesoramiento filosófico, orientación filosófica, consejería filosófica, consulta filosófica, etc.

³ (N. del T.) Desde que se publicó el artículo, se han celebrado siete congresos internacionales más y varios otros regionales (que abarcan varios países, pero no tienen ámbito mundial). De hecho, el verano pasado se celebró en Holanda el décimo congreso internacional de prácticas filosóficas.



o en la formación de profesionales.⁴ Se tratan temas generales, como la responsabilidad, la confianza mutua y los valores, que son importantes en las relaciones personales y profesionales. En este artículo exploraré este fenómeno relativamente nuevo y analizaré mis experiencias de los últimos seis años con los diálogos socráticos, como participante y facilitador.⁵

Comencé a facilitar diálogos socráticos sin ninguna experiencia como participante. En seguida descubrí que conducir un dialogo socrático parece mucho más fácil de lo que realmente es. Como no entendía muy bien lo que estaba haciendo, el éxito o el fracaso dependían demasiado de la suerte; así que realicé un nuevo intento, comenzando otra vez como participante. Posteriormente, estudié los fundamentos del método socrático con un grupo de personas de Ámsterdam. La experiencia como participante consiguió que mi mirada de facilitador fuera más sensible a las reacciones de los participantes, tanto a las más obvias como a las más sutiles. Esta experiencia, combinada con el estudio, me permitió entender las razones de la estructura de un diálogo socrático y la utilidad de las reglas para el diálogo. Saber esto me sirve para ser capaz, cuando actúo como facilitador, de adaptar los procedimientos a diferentes situaciones. Espero que el análisis que les ofrezco a continuación sirva para que los futuros participantes y facilitadores entiendan qué es lo que sucede en un diálogo socrático.

No pretendo empezar a hablar a partir de las teorías del método socrático que ya se han desarrollado; lo que me gustaría hacer es investigar cómo estas teorías funcionan en la práctica.⁶ Por lo tanto, mi punto de partida será la pregunta que con más frecuencia suelen hacer los participantes y los clientes: «¿Cuáles son los beneficios de un diálogo socrático? ¿Para qué sirve?».

⁴ Cada vez más filósofos están poniendo en práctica sus habilidades y sus conocimientos fuera del campo tradicional de la filosofía (la escuela y la universidad). Igual que hizo Sócrates en Atenas, estos filósofos salen a la «plaza pública» e invitan a la gente a realizar una investigación filosófica en su ámbito cotidiano. En Holanda, los filósofos prácticos suelen combinar dos o más actividades: asesoramiento filosófico, enseñanza, diálogo socrático y consultoría empresarial. El diálogo socrático se utiliza con frecuencia en otros contextos, como la enseñanza y la empresa, pero adaptando su forma estándar a estas circunstancias.

⁵ (N. del T.) En el ámbito anglosajón se suele utilizar el término de «facilitator» para describir a la persona que «facilita» (es decir, que dinamiza, conduce, anima, etc.) un diálogo filosófico con un grupo de personas. Hemos optado por la traducción literal, ya que ésta es la opción más extendida en nuestra lengua, especialmente dentro del movimiento de Filosofía para Niños. Los filósofos franceses, por el contrario, prefieren hablar de «animar» un taller filosófico y de «animateur» (animador).

⁶ De vez en cuando hay que revisar las metodologías, para facilitar su desarrollo posterior y evitar una fijación excesiva hacia el método (después de todo, éste no es más que una forma de propiciar una determinada experiencia). El método socrático no es ninguna excepción. Esta revisión debe hacerse en función de la práctica. Hasta ahora, las principales referencias han sido Nelson, que fundó el método socrático, y Heckmann, que lo desarrolló. ¿Sigue siendo válida su metodología? En este artículo me concentraré en los resultados prácticos, convirtiéndome en un aprendiz de esas experiencias para mejor comprender el diálogo socrático. El siguiente paso podría ser una evaluación metodológica.



Resumiré en estas páginas los resultados obtenidos de las evaluaciones de los participantes y de mis propias experiencias como participante y facilitador. Esto les proporcionará alguna pista de lo que puede esperarse de un diálogo socrático, aunque estas indicaciones sólo tengan un valor restringido. Igual que es difícil explicarle a alguien que nunca ha viajado en avión cómo se siente uno cuando vuela, es necesario participar en un diálogo socrático para saber en qué consiste. La práctica filosófica debe experimentarse.⁷

Les voy a resumir lo que haré en este artículo: en primer lugar, esbozaré el curso de un diálogo socrático: qué es y en qué consiste. Luego comentaré algunos de sus aspectos y los relacionaré con los resultados, tal y como los registraron los participantes. También analizaré brevemente la concepción de la filosofía que subyace al diálogo socrático, que difiere de lo que normalmente se considera como filosofía. Por último investigaré cuál es el beneficio del diálogo socrático: cómo centra nuestra atención sobre aquello que hace que nuestro trabajo —o incluso nuestra vida— merezca la pena, al explorar nuestros valores e ideales. Y en la conclusión de este trabajo pondremos todo esto dentro de una perspectiva más amplia: el diálogo socrático puede considerarse como una herramienta para desarrollar el arte de vivir.

¿Qué es un diálogo socrático?

Leonard Nelson (1822-1927) desarrolló el diálogo socrático en Alemania en la década de 1920.⁸ Nelson se inspiró en Sócrates y en Kant. Sócrates nos enseñó que los conocimientos importantes de nuestra vida no los aprendemos de otras personas, sino que ese conocimiento ya está dentro de nosotros y lo experimentamos cotidianamente. En sus diálogos, intentaba despertar en los demás ese conocimiento tácito; lo hacía examinando sus opiniones y remontándose a las ideas que subyacen a estas opiniones. Veintiún siglos más tarde, Kant afirmó que la humanidad había estado encadenada a los grilletes del pensamiento autoritario durante siglos y que ya era el momento de tomarnos en serio a nosotros mismos como seres pensantes. Los dos estimularon el pensamiento independiente. El diálogo socrático intenta enseñar a razonar de manera práctica, no mediante la

⁷ ¡Es sorprendente cuánta gente afirma tener conocimientos sobre práctica filosófica sin tener ninguna experiencia al respecto! Los ejercicios teóricos sin nada de práctica corren el riesgo (de sobra conocido en la historia de la filosofía) de convertirse en crítica de salón: ¿acaso saben de qué están hablando?

⁸ Véase Nelson (1975). Hay varias interpretaciones de lo que sucede en un diálogo socrático. La interpretación de Nelson es profundamente neokantiana y difiere de la interpretación de este artículo.



lectura sobre los temas que nos preocupan, sino reflexionando sobre ellos junto con otras personas. Se ponen así en práctica dos lemas de la filosofía: «conócete a ti mismo» y «atrévete a usar tu inteligencia».

El curso de un diálogo socrático es esquemáticamente como sigue: comienza con una pregunta que se plantea en términos generales. Esta pregunta debe ser filosófica, en el sentido de que pueda contestarse razonando en base a la experiencia. (Por esa razón, no se recomiendan las preguntas empíricas —por ejemplo, ¿cuál es la composición química de un objeto?—, puesto que no se pueden contestar utilizando sólo el razonamiento: necesitaríamos datos externos.) El tipo concreto de pregunta depende de los participantes y del contexto. Cuando la inscripción está abierta a todo el mundo (por ejemplo, en un centro cultural⁹), la pregunta podría ser: «¿Cuáles son los límites de la tolerancia?» o «¿hasta dónde llega mi responsabilidad?». Cuando el diálogo tiene lugar dentro de una organización o de una empresa, las preguntas se sintonizan con la situación laboral¹⁰ y a menudo están relacionadas con cuestiones de ética profesional.

Por ejemplo, cuando trabajé con la policía de Ámsterdam, la pregunta fue: «¿Qué es la integridad?». Las enfermeras de psiquiatría hablaron de cuestiones como «¿cuáles son los límites de la conducta profesional y cuándo se convierte en personal el contacto con un paciente?». Los inspectores de una compañía de seguros tuvieron que tratar con las consecuencias de una reorganización: «¿Cuándo tiene efectos positivos la inseguridad?».¹¹

Cuando hayamos decidido la pregunta inicial, uno de los participantes ha de elegir de su propia experiencia un ejemplo de una situación en la que este problema haya aparecido. La investigación no se hace en términos abstractos, debe

⁹ En Holanda, mucha gente asiste a cursos en un centro cultural o en un centro de educación de adultos en su tiempo libre, no necesariamente para mejorar su rendimiento en el trabajo, sino porque tienen un interés personal en ellos. Los participantes no reciben ningún tipo de certificado. La filosofía es una opción muy popular. En los últimos diez años, el diálogo socrático ha llegado a formar parte del currículum de un número cada vez mayor de centros.

¹⁰ A diferencia de Alemania, donde se utiliza sólo con fines educativos y recreativos, en Holanda el diálogo socrático se usa también con fines comerciales, principalmente como un instrumento para reflexionar sobre la ética profesional y sobre decisiones estratégicas. En este desarrollo reciente hay que destacar el trabajo pionero de Jos Kessels. Véase su artículo «The Socratic Dialogue as a Method of Organizational Learning» [El método socrático como un método de aprendizaje organizativo] en *Perspectives in Practical Philosophy* (1997).

¹¹ Más ejemplos: trabajé con presos que formularon esta pregunta inicial: «¿Hasta dónde puedo llegar en el uso de mi libertad?». Unos informáticos se preguntaron: «¿Qué es la información?». Unos funcionarios: «¿Cuáles son los deberes del gobierno local hacia los inmigrantes?». Unos banqueros: «¿Qué responsabilidad social tiene un banco?». Si no tenemos en cuenta el contexto ni la pregunta inicial, la diferencia más importante entre un diálogo socrático con individuos privados y con profesionales es el tiempo. En el primer caso, un diálogo socrático requiere unas quince horas (un fin de semana, por ejemplo, o unas cuantas tardes); en el ámbito profesional normalmente sólo disponemos de cuatro horas, aunque a veces pueden llegar a seis u ocho.



concretarse. La experiencia es válida cuando todos los participantes consideran que ésta es un buen ejemplo en relación a la pregunta inicial y cuando es posible que todos los participantes sean capaces de ponerse en el lugar de la persona implicada. Por lo tanto, cada participante debe ser capaz de imaginarse a sí mismo —o a sí misma— en esa situación. Conforme avanza el proceso, el ejemplo se irá analizando, con el fin de encontrar una respuesta a la pregunta inicial.

Permítanme ofrecerles el siguiente ejemplo de un diálogo de hace tiempo: la pregunta inicial fue «¿Qué es la libertad?» y se eligió el siguiente suceso como punto de partida.

En su juventud, una participante tenía permiso para leer un rato antes de dormir. Una noche, cuando tenía catorce años, estaba con un libro muy interesante y leyó más tiempo de lo permitido. De pronto, escucha que sus padres suben la escalera para acostarse; los pasos se dirigen hacia ella. Siente la tentación de cerrar el libro rápidamente, apagar la luz y fingir que duerme. Pero decide no hacerlo y sigue leyendo. Su padre abre la puerta, asoma la cabeza y dice «¿tan interesante es?», y cierra la puerta.

Todos los participantes sintieron que allí sucedió algo importante con respecto a la libertad. En la discusión posterior se exploró ese sentimiento común. Era necesario, pues, que todo el mundo pudiera ponerse en el lugar de la jovencita. Los participantes hicieron más preguntas sobre las circunstancias, los motivos, etc. De ese modo, el ejemplo se convirtió en un marco común de referencia.¹²

El siguiente paso es concentrarse en «lo fundamental» del ejemplo, en la parte que es importante para la investigación. No toda la información que necesitamos para formarnos una idea de la situación tiene que estar relacionada necesariamente con la pregunta inicial. Esta pregunta es como un imán que tira de las partes más relevantes de la historia. El resultado de este paso es el «enunciado fundamental» (*core statement*). Se expresa en términos fácticos y puede tener esta forma: «Hay libertad en el ejemplo cuando tal y cual». O: «La libertad en el ejemplo es...». El

¹² La tentación de caracterizar esta fase del diálogo socrático como «psicológica» es muy grande. Aunque puede haber cierta superposición (después de todo, estamos investigando una experiencia humana), existe también una clara diferencia de enfoque. Si hiciésemos psicología, explicaríamos un suceso o un modo de comportarse buscando la respuesta en los antecedentes personales. En el diálogo socrático no se busca este tipo de explicación; buscamos las concepciones que condicionan nuestra evaluación de una situación. Y para hacerlo convenientemente debemos conocer cómo se experimentó esa situación.



enunciado fundamental es la primera valoración del ejemplo: muestra por qué el suceso está bien elegido como ejemplo para la pregunta inicial.

Cuando los participantes han formulado el enunciado fundamental, la pregunta que sigue es: «¿Por qué? ¿Qué motivos tienen para afirmar eso? ¿Por qué es éste un caso de libertad?». Aparentemente, el grupo tiene en mente un concepto de la libertad que se refleja en la formulación del enunciado fundamental. El paso siguiente consiste en conseguir que este concepto implícito se haga explícito en términos de condiciones, criterios y reglas («si se dan estas condiciones, entonces nos encontramos ante un ejemplo de libertad»). Se podría decir que estamos buscando las premisas sobre las que podemos concluir el enunciado fundamental.¹³

Parece más simple de lo que luego resulta en la práctica: muchas veces los participantes no se ponen de acuerdo inmediatamente sobre el enunciado fundamental porque el concepto de libertad implícito que defienden no es el mismo.¹⁴ Este desacuerdo no supone un inconveniente (más bien al contrario), y será muy útil para el análisis posterior.¹⁵ De esta forma, los conceptos de libertad de cada persona se pueden investigar en relación con el ejemplo y ponerse a prueba intersubjetivamente. La investigación se convierte entonces en algo más general, y se refiere a más cosas, aparte del suceso elegido; se vincula a otros ejemplos relacionados con aquel.¹⁶ Después de todo, los criterios y otras suposiciones, por definición, se formulan de manera general.

A este procedimiento se le llama «abstracción regresiva»: en relación con la pregunta inicial tomamos un ejemplo concreto, nos zambullimos en él, regresamos

¹³ Visto de manera esquemática, trabajamos con un silogismo invertido: comenzamos con una conclusión provisional —el enunciado fundamental— y buscamos el término mayor y el menor que nos la confirme.

¹⁴ En algunos casos, cuando el ejemplo es problemático (cuando no está claro si la experiencia es válida), puede ser productivo combinar los dos pasos (la formulación del enunciado fundamental y de la pregunta «por qué») y formular la siguiente pregunta: «¿Es éste un ejemplo de libertad y por qué?». Las respuestas de todos los participantes a esta pregunta mostrarán las diferencias básicas de opinión, y eso puede dar lugar a un desacuerdo muy fructífero.

¹⁵ Opinar sobre algo implica un criterio. Por ejemplo, decir que algo es bello presupone un concepto de lo que es la belleza. Quizás no seamos capaces de formular ese concepto de manera inmediata, pero lo utilizamos intuitivamente. El objetivo de un diálogo socrático consiste en explicitar ese concepto implícito. Las diferencias de opinión no implican automáticamente conceptos diferentes, también pueden mostrar diferentes aspectos que no se excluyen mutuamente.

¹⁶ Nelson pensaba que al investigar un ejemplo se podrían encontrar criterios que englobaran *todos* los ejemplos, en este caso, de libertad. Sin embargo, yo creo que es más probable que encontremos criterios para todos los ejemplos *relacionados*. No es cierto que el término principal de la cuestión sea inequívoco. En mi opinión, ésta es una de las ventajas del método socrático; a saber, que evitamos los malentendidos de las discusiones abstractas, en las que se considera que un concepto (por ejemplo, el de libertad) es algo substancial que trasciende a todas las circunstancias particulares. Podemos evitar este malentendido con un ejemplo concreto.



al concepto que allí subyace e intentamos analizarlo.¹⁷ Al final, esto nos conduce a la formulación de enunciados en términos generales que respondan a la cuestión inicial; estas proposiciones se «abstraen» a partir del ejemplo concreto.¹⁸

Finalmente, debemos comprobar los resultados de esta «abstracción regresiva». Hay que tomar ejemplos similares que nos permitan verificar la validez de esos resultados (cuando las formulaciones del ejemplo que se está examinando continúan siendo específicas es necesario dar un paso más). En la práctica, raramente alcanzamos esta última fase. Un diálogo socrático es un proceso que implica un pensamiento lento y cuidadoso; se necesita mucho tiempo.

Las diferentes fases de un diálogo socrático se pueden resumir en la imagen de un reloj de arena: comienza siendo amplio (con una pregunta general) y termina también amplio (con los criterios y otras suposiciones), y en el medio encontramos el enunciado fundamental, que se centra en la parte más importante del ejemplo. En la mayoría de los diálogos socráticos podemos reconocer la estructura del reloj de arena. No obstante, esto es un modelo; así que no es extraño que se produzcan desviaciones.

En un diálogo socrático el proceso es importante: queremos ir a algún sitio y la autopista no es necesariamente el mejor camino. El proceso nos llevará por carreteras secundarias e incluso podemos encontrarnos ante un callejón sin salida. Estos desvíos son inevitables; por ejemplo, cuando se descubre que hay que investigar un aspecto interesante o cuando los participantes tienen dificultades para ponerse en el lugar del otro. Es importante que estas dificultades se conviertan en algo productivo; lo que puede resultar muy enriquecedor para la investigación. Las diferencias de opinión pueden ser la clave para una comprensión más profunda. Cuando consideramos que esas dificultades solamente son un retraso enojoso del proceso es que no tenemos las expectativas adecuadas respecto a lo que es un diálogo socrático.

Reglas y virtudes socráticas

¹⁷ Entender una situación concreta es parecido a una flor que se abre: es un todo complejo y diferenciado. Analizar una situación no consiste en un proceso en el que un paso conduce al siguiente de manera lógica. Los distintos pasos muestran su conexión entre sí cuando se obtiene el retrato completo. Obtenemos ese retrato solamente al final: igual que en un mosaico, todos los aspectos se unen en una síntesis. Para los participantes puede ser un proceso perturbador, porque no ven a dónde conduce.

¹⁸ El proceso de abstracción puede entenderse mejor con una sencilla comparación: los diferentes enunciados se pueden calificar como «azul», «amarillo», «verde», etc. El paso siguiente sería descubrir que estamos hablando de «colores». «Color» se encuentra en un nivel más abstracto que «azul», etc. Si comenzamos en el nivel de «color», pasaríamos por alto matices que son importantes para comprender claramente la cuestión.



He descrito la estructura básica de un diálogo socrático: el modelo del reloj de arena. Además de esta estructura tenemos otras dos características: las reglas que afectan a la naturaleza del diálogo y los incentivos relacionados con la actitud de los participantes.¹⁹ Las dos pueden verse como pautas de actuación (*guidelines*): guían el diálogo para producir el proceso que caracteriza el diálogo socrático. Las «reglas para el diálogo» conducen a los participantes hacia un tipo específico de reflexión, como cuando se esfuerzan por alcanzar un consenso.²⁰ Las reglas reflejan lo que está en juego: encontrar una respuesta a la pregunta inicial, en base a experiencias que se investigan mediante un pensamiento original que tiene en cuenta las opiniones y dudas de cada participante.

También hay incentivos relacionados con la actitud que se espera de los participantes. Podemos describir esta última categoría como las «virtudes» del diálogo socrático, como posponer nuestros juicios o confiar en nuestras dudas.²¹ Una virtud no es un hecho, sino que es algo por lo que uno se esfuerza. A través de la práctica de una virtud nos ponemos en disposición de hacer algo que consideramos importante y que requiere cierta actitud. Cuando practicamos la escucha y la paciencia, por ejemplo, es más fácil entender al otro. Las virtudes socráticas favorecen el desarrollo de una actitud investigadora; no sólo son útiles para el diálogo, sino también para otras situaciones.

La diferencia entre las reglas para el diálogo y las virtudes socráticas no es muy grande; sin embargo, funcionan de manera diferente en un diálogo: acudimos a las «reglas» sobre todo cuando consideramos lo que dicen los participantes; las «virtudes socráticas» tienen que ver con la forma en que éstos participan en el diálogo.

Aprendizaje socrático

¹⁹ Dejo de lado cuestiones técnicas, como el papel del facilitador, la anotación de las afirmaciones importantes en hojas de papel [*N. del T.*: se refiere al *rotafolios* o *papelógrafo*] y la distinción entre los diferentes niveles de diálogo: el diálogo «real» (que se ocupa del tema objeto de investigación), el diálogo estratégico (donde se discuten las diferentes líneas de una investigación posterior) y el metadiálogo (que tiene que ver con los problemas que dificultan que los participantes continúen con el diálogo real, en relación con el método socrático o con la dinámica del grupo, como enfados, etc.).

²⁰ Brevemente formuladas, estas reglas se reducen a las cinco siguientes: 1) Usa tu propia experiencia y piensa por ti mismo (evita el argumento de autoridad). 2) No hables de manera hipotética. 3) Procura llegar a un consenso. 4) Expresa tus dudas. 5) Intenta investigar de manera colectiva (no estamos ante un debate que haya que ganar).

²¹ Las virtudes que se practican en un diálogo socrático son la perseverancia, la paciencia, la escucha, así como la capacidad de expresar las intuiciones, de confiar en las dudas que uno tiene, de hablar con franqueza, de posponer el juicio propio y de estar dispuesto a reconsiderar nuestras opiniones.



En general, los participantes no mencionan en sus evaluaciones finales que el resultado más importante del diálogo sea la respuesta final a la pregunta inicial. La mayor parte de las veces el resultado no nos sorprende mucho; no es algo de lo que desearíamos hablar largo y tendido con nuestros amigos. Sin embargo, lo que sí es nuevo es el proceso por el que ese resultado se alcanza; la investigación a partir de la cual se hace posible una respuesta. Esa respuesta va creciendo lentamente, puesto que cada paso anterior está incluido en el siguiente. Las suposiciones se transforman en argumentos.

El ejemplo más claro de esto es un diálogo sobre un problema matemático.²² A diferencia de un diálogo sobre un problema moral, en un diálogo matemático la respuesta es fija. Desde el principio, los participantes ya conocen la respuesta intuitivamente. Así que la pregunta se convierte en «¿cómo demostramos una respuesta intuitiva? ¿Cómo la argumentamos?». Estas preguntas van marcando el camino del diálogo socrático. A menudo, los participantes no están acostumbrados a este tipo de investigación y se empeñan en encontrar la respuesta. Pero muchos participantes llegan a disfrutar de este proceso durante el diálogo. Éste nos obliga a cambiar nuestras expectativas y superar nuestra impaciencia. Una actitud orientada a la meta puede compararse con estar interesado por los resultados de una competición deportiva sin querer ver el partido. En un diálogo socrático queremos jugar la partida completa; el resultado final no es tan importante. La reflexión, por sí misma, se convierte en un proceso apasionante.

Algunas veces los participantes preguntan: «¿Cuál es la validez de la respuesta que hemos encontrado?». Yo diría que la respuesta únicamente es válida para el grupo que la formula: no porque el resultado sea limitado o arbitrario (otras personas podrían suscribirlo), sino porque éste es el grupo que ha desarrollado el proceso que ha llevado a esta respuesta. El proceso convierte la investigación en una experiencia filosófica donde se materializa la importancia del tema tratado. No serviría de nada escribir una «biblia» socrática con los resultados de los diálogos socráticos sobre los problemas morales más importantes. Eso sería una enorme

²² Las preguntas más populares de los diálogos socráticos suelen ser sobre cuestiones éticas. En segundo lugar se encuentran las preguntas epistemológicas (por ejemplo: «¿Cuándo sé algo con certeza?»). A veces tenemos gente suficiente interesada en un problema matemático. Una vez participé en un diálogo sobre planos simétricos —algo simple a primera vista, puede que incluso aburrido— que resultó ser un ejercicio muy apasionante de razonamiento lógico.



equivocación. Lo que es importante no es la respuesta final, sino el proceso común mediante el cual la descubrimos.

Con frecuencia, los participantes quieren comenzar con una definición. Por razones metodológicas, esto debería evitarse. Cuando la pregunta es, por ejemplo, «¿qué es la calidad?», no empezamos definiendo qué es la calidad; con suerte terminaremos con una definición. Empezar con una definición es como empezar con una caja vacía; aún no está claro qué es lo que ésta va a contener. Además, cada intento desemboca en diferencias de opinión o malentendidos (lo que es inevitable cuando se usan las palabras en sentido abstracto). La abstracción no tiene una base firme en sí misma; su naturaleza es dependiente. La abstracción está osificada y se deriva de algo concreto: la experiencia. Para evitar este tipo de malentendidos es mejor empezar por un ejemplo concreto.

Con frecuencia, los malentendidos en abstracto se pueden cortocircuitar relacionándolos con una experiencia particular. Me parece extraordinario que todavía ocurra esto: tomando la experiencia como punto de partida, se puede comprobar que personas con diferentes concepciones del mundo son capaces de iniciar juntos una investigación de manera productiva. Por el contrario, una discusión en el plano de las ideas inmediatamente genera diferencias de opinión. Las experiencias tienden un puente entre aquellas posiciones aparentemente incompatibles.²³

Diferencias de opinión

Muchas veces los participantes experimentan el diálogo socrático como un estímulo para reconsiderar sus opiniones o para ampliar su visión de las cosas. Esto puede ocurrir después de descubrir que otras personas interpretan de manera diferente hasta los sucesos aparentemente más simples («creí que lo veía como todo el mundo, pero...»). Cuando descubrimos que se cuestiona la opinión común y que ésta ya no parece como algo indudable, hemos dado un paso necesario para poder filosofar. Este efecto sucede porque el diálogo socrático no es un libre intercambio de opiniones sin ningún tipo de compromiso. Una de las reglas del

²³ Esto cuestiona el dogma moderno en epistemología de que toda experiencia está cargada de teoría. (Sobre este punto, se repite de manera irreflexiva la teoría kantiana del conocimiento y se convierte en una versión relativista.) Por supuesto, la interpretación cumple una función en cómo experimentamos algo, pero eso no significa que la interpretación forme parte constitutiva de la experiencia o que ésta se defina totalmente por la interpretación. Después de todo, la inteligencia humana nos permite entender las diferencias en la interpretación. Esto sólo es posible desde la experiencia; y por esa razón ésta debe escapar de alguna forma del campo de la interpretación.



diálogo es que debemos esforzarnos en alcanzar un consenso. Y eso obliga a los participantes a comprobar cuidadosamente lo que dicen y encontrar algún tipo de acuerdo.

En realidad no siempre es fácil que los participantes se comprometan en esta clase de investigación. Cuando está claro que las opiniones difieren, los participantes normalmente reaccionan de manera relativista (lo que se ha convertido en un rasgo dominante de nuestra cultura): «todo el mundo tiene derecho a tener su propia opinión, así que, ¿qué más da?». El relativismo puede degenerar fácilmente en pereza mental o en una especie de tolerancia indiferente. En un diálogo socrático, se trata de perseverar y explorar estas diferencias de opinión para que el desacuerdo sea fructífero (un verdadero acuerdo solamente es posible cuando se valora el desacuerdo). ¿Qué significa que alguien tenga una opinión diferente? ¿Cuáles pueden ser sus razones? ¿Implica realmente una diferencia de opinión o es sólo otra forma de expresarse? ¿Está mostrando otro aspecto que no es contrario a lo que se ha dicho? Al estudiar las diferencias de opinión sale a la luz la validez de nuestras propias opiniones.

Con frecuencia, una opinión tiene el carácter de un prejuicio (de una opinión que se ha formado en otro contexto). Aunque es imposible participar en un diálogo sin ningún prejuicio (simplemente porque no podemos deshacernos de nuestras experiencias anteriores), lo que sí se nos puede pedir es que no juzguemos a ciegas ni ofrezcamos juicios prematuros. Debemos poner en juego los prejuicios examinándolos en el diálogo. Sólo así pueden mostrar lo que valen. El hecho de analizarlos puede profundizar esta comprensión. Por lo tanto, uno debe estar dispuesto a modificar sus opiniones, y eso es una virtud socrática muy importante.

Sentido de la verdad y autoanálisis²⁴

Para evitar que el esfuerzo por alcanzar un consenso acabe en una solución de compromiso, hay una regla que invita a los participantes a expresar sus dudas. Aunque casi todo el mundo en el grupo haya llegado a un acuerdo sobre cierto

²⁴ (N. del T.) Hemos optado por traducir *self-examination* por «autoanálisis», en lugar de por «autoexamen», a pesar de las connotaciones psicoanalíticas que pueda tener este neologismo (recordemos el libro de Karen Horney al respecto: *Self-analysis*, 1942) sigue conservando el sentido de «auto-observación» filosófica. Nos parece que la segunda opción aún es más extraña en nuestra lengua y se utiliza más bien en entornos médicos (el paciente ausculta su propio cuerpo en busca de protuberancias sospechosas) y en las autoescuelas. Además, el término «examen» hace referencia fundamentalmente a los exámenes que tienen lugar en la escuela.



punto y sólo haya un participante que todavía importune al grupo con un «si, pero...», se le permitirá expresar sus dudas. Y esto no es una cuestión de deportividad («dejadle hablar a él también»), sino que es algo que afecta al núcleo fundamental del método socrático. Después de todo, el objetivo consiste en poner en práctica el razonamiento independiente. La reflexión empieza con la duda: algo deja de ser obvio (quien nunca duda no hace más que copiar lo que dicen los demás). Así que es muy importante que los participantes confíen en su «sentido de la verdad» (*sense for truth*). Es difícil decir exactamente qué es esto, aunque es algo que todos poseemos. El «sentido de la verdad» es el sentido que nos permite estar de acuerdo con una línea de pensamiento o que nos incita a cuestionarla. En un diálogo socrático se anima a todo el mundo a confiar en su propio sentido de la verdad y en sus dudas. El consenso sólo se alcanza cuando nadie tenga más dudas sobre el enunciado que se estaba discutiendo.

Los participantes suelen hacer comentarios cuando descubren que es posible pensar conjuntamente. No estamos acostumbrados a ello: la mayoría de las conversaciones son un intercambio informal de opiniones o se convierten en un debate en el que alguien quiere ganar. El diálogo socrático nos brinda la oportunidad de centrarnos en un tema que concierna a todos los participantes e investigarlo de manera conjunta. Razonar se separa de las preocupaciones del ego. Pensar junto con otros significa que los distintos puntos de vista pueden complementarse entre sí (en lugar de crear oposiciones entre ellos). Es como estar junto a un gran edificio con un grupo de personas. Para llegar a conocer el edificio es más fructífero dejar que los distintos puntos de vista se complementen entre sí, en lugar de discutir cuál de ellos es el mejor.

Pensar conjuntamente significa también que puede producirse un cambio de opinión, algo que en un debate sería casi imposible que ocurriera sin perder la dignidad. Este clima abierto y exploratorio con frecuencia se experimenta como un alivio. Una de las consecuencias de un diálogo socrático que facilité sobre la cuestión «¿qué condiciones propician la confianza mutua?» fue la ausencia de miedo a perder y la ausencia de voluntad de ganar. Resulta bastante significativo que éstas sean también las características de un diálogo socrático.

En un diálogo socrático los participantes aprenden a comunicarse entre ellos de un modo diferente: a escuchar, a ser sensible a los argumentos de los otros, a tener en cuenta los puntos de vista diferentes, a ser reflexivo, a tomarse su tiempo para analizar un problema difícil (y no tratar de buscar soluciones inmediatas).



Frecuentemente, el hecho de practicar esta actitud proporciona un resultado beneficioso por sí mismo, especialmente en empresas y organizaciones, donde la comunicación comprensible suele ser un punto flaco. Las virtudes socráticas son, pues, el ejercicio más importante.

Aparte de la investigación colectiva (*collective inquiry*), es necesario además que cada uno de los participantes se examine a sí mismo. El atractivo del diálogo socrático reside precisamente en la combinación de ambos factores (el uno implica el otro). No avanzamos en un debate defendiendo lo que ya sabemos; en una investigación colectiva tenemos que preguntarnos continuamente, especialmente cuando nos esforzamos por alcanzar un consenso: ¿qué es lo que yo pienso de este enunciado? Esto sucede movilizandando nuestras propias experiencias y opiniones, y examinándolas.

La experiencia: reconocimiento y piedra de toque

Los participantes mencionan también que uno de los efectos del diálogo es el reconocimiento de experiencias. El reconocimiento se aprecia fundamentalmente en diálogos con personas que tengan experiencias de trabajo comparables. En los contextos profesionales las experiencias rara vez se discuten a fondo, lo más frecuente es que se aborden de un modo superficial, unilateral e incondicional. En un diálogo socrático podemos investigar de manera pormenorizada una experiencia de trabajo sobre una cuestión que le preocupe a todo el mundo (por ejemplo, la integridad, la responsabilidad o la profesionalidad). El reconocimiento de experiencias se produce en el diálogo socrático a través de la comparación de los ejemplos. No sólo se habla del ejemplo elegido, aunque éste sea el punto de partida y el material más importante para la investigación. También se pueden mencionar otros ejemplos: por ejemplo, para compararlos, para facilitar la empatía o para clarificar algún problema del ejemplo elegido. Al final debemos volver a nuestras propias experiencias, para poder ponernos en la situación del ejemplo elegido.²⁵ La mayor parte del tiempo los otros ejemplos permanecen implícitos y no se expresan; sin embargo, puede que también sea muy útil el hecho de

²⁵ En otros enfoques del método socrático diferentes al que yo defiendo aquí, los facilitadores sólo quieren que se discuta un ejemplo, el que se elige al principio, con el argumento de que sólo se necesita ese ejemplo para facilitar la respuesta. Pero aunque solamente se investigue un ejemplo, otros ejemplos entran en juego: aquellos ejemplos a los que se refieren implícitamente los otros participantes en sus autoanálisis.



explicitarlos. Con ello se refuerza el reconocimiento de aquello que podemos comparar en nuestra experiencia (*what is comparable in experience*).

Así que la experiencia personal es el material con el que trabajamos (y eso está bien, porque a la mayoría de la gente le gusta hablar de sus propias experiencias). Y en el diálogo socrático ésta se convierte en material valioso para la investigación filosófica. El tema de un diálogo socrático se podría describir como una manera de «rememorar» las experiencias para aprender de ellas (algo similar a la *anámnesis* de Platón). El diálogo socrático nos ayuda a aprender de la experiencia de una manera estructurada.

La importancia de la experiencia se pone de manifiesto en el uso de ejemplos concretos. La naturaleza concreta y singular de una experiencia se convierte en la piedra de toque de nuestra búsqueda de respuestas generales, ya que al pensar en términos generales solemos descuidar los aspectos particulares de una situación. Un enunciado general también debe ser válido para una situación particular. Pero ¿de qué sirve un enunciado de este tipo si no hace justicia a los aspectos vitales de las situaciones sobre las que debería ser capaz de afirmar algo? Por eso las experiencias particulares son tan importantes en un diálogo socrático: nos sirven como piedra de toque. Del mismo modo que una mesa ofrecerá resistencia a mi mano, una experiencia ofrecerá resistencia a las interpretaciones especulativas y a las fantasías desmesuradas.²⁶ La importancia de la experiencia es el fundamento para la regla que aconseja no hablar de manera hipotética (y evitar la mayoría de las frases que empiezan con «si...» o con «supongamos que...»). Los participantes deben tener en cuenta sus propias experiencias. Pensar en situaciones al azar puede ser válido para otro tipo de discusiones (como la tormenta de ideas). Por el contrario, si estamos investigando nuestras experiencias, no tiene sentido referirnos a situaciones imaginarias, porque no las podemos poner a prueba.

²⁶ ¿Por qué no utilizar un ejemplo inventado? ¿Acaso no se inventan la mayoría de las historias a partir de la experiencia? El carácter especial de un ejemplo real, en comparación con uno inventado, es el hecho de que literalmente forma parte de la vida. El suceso está conectado con otras personas y circunstancias que abarcan mucho más que a la persona implicada. El problema de que una persona se invente un ejemplo es que muchas veces la historia completa posee una lógica interna que tiene como criterio al personaje principal: las circunstancias se adaptan al tema. Aunque uno pueda sentirse el sujeto de un suceso real, el suceso mismo es parte de una «red» interconectada mayor. Este «ser parte de» muchas veces se muestra en detalles que son casi imposibles de imaginar. Los detalles revelan el carácter envolvente de la vida. Si uno subraya la importancia de un diálogo socrático como instrumento para desarrollar el arte de vivir —tal como yo hago—, el hecho de centrarse en la experiencia real posee la cualidad añadida de sensibilizarnos ante la riqueza de la vida misma y aprender de la experiencia como acto de sabiduría.



Argumentación y pensamiento crítico

Hay personas que participan en un diálogo socrático para mejorar su capacidad de argumentación. Aprenden a analizar sus experiencias cuidadosamente, a formular argumentos y a sopesarlos críticamente. Para ellos, se trata de un ejercicio de pensamiento crítico (*critical thinking*). Si queremos que otros vean claramente cuál es nuestro punto de vista, no basta simplemente con enunciar algo: hacen falta más explicaciones, ya sea en forma de descripción o de argumento. Las dos son importantes en un diálogo socrático. A los participantes se les pide que concreten sus puntos de vista, que los relacionen con el ejemplo y que proporcionen argumentos para sus afirmaciones. El objetivo último consiste en explicitar los valores y principios implícitos que subyacen a una determinada perspectiva (por ejemplo, cuando se considera que un ejemplo es adecuado para investigar la pregunta inicial).

En nuestras conversaciones diarias los sentimientos juegan un papel muy importante, y muchas veces «pensamos» emocionalmente: pensamos que algo es «bonito», «pesado», «absurdo», etc. Al hacer esto, expresamos nuestro estado de ánimo, pero eso todavía no es un diálogo. Hablar se convierte en un diálogo cuando queremos escuchar al otro para saber qué es lo que la otra persona intenta decirnos; ahí es donde los argumentos juegan un papel importante. No quiero decir que tengamos que evitar los enunciados emocionales. La mayor parte de las reflexiones comienzan por los sentimientos y están dirigidas por ellos. El arte del diálogo consiste en avanzar un paso más y clarificar qué es lo que se ha dicho realmente. Lo que al principio se vislumbraba entre la niebla poco a poco se irá convirtiendo en una silueta clara y bien definida.²⁷

Tener una mente crítica también es importante para el diálogo en otro sentido, concretamente, para el proceso de verificación intersubjetivo (*intersubjective testing*). La investigación no se detiene con lo que piensa una persona. El punto de vista de los otros participantes es crítico (en el sentido de «discernidor»). No estamos justificados a mantener nuestra cortedad de miras porque otros nos

²⁷ La emoción y la razón se suelen entender falsamente de manera dicotómica, como si ambas se excluyesen mutuamente. Por supuesto que es posible percibir las como opuestas, especialmente cuando el razonamiento pierde contacto con el sentimiento. Pero éste no es necesariamente el caso. Lo que sentimos desencadena muchas de nuestras reflexiones; lo difícil es estar en contacto con ellas. El razonamiento necesita ser más sensible (*sensitive*), especialmente en la práctica filosófica, porque tratamos con situaciones concretas de la vida real. En un diálogo socrático es muy importante que durante todo el proceso estemos en contacto con la dimensión concreta (*concreteness*) del suceso que estamos investigando. Cuando los participantes se desvían del tema o pierden interés por él, muchas veces se debe a que ya no están en contacto con sus sentimientos.



confronten con sus puntos de vista y sus dudas. Nuestra perspectiva personal se agudiza gracias a la reflexión de los demás. Esto sólo funciona porque nos esforzamos en alcanzar el consenso (ésta es la regla que encuentra mayor resistencia, aunque después es la regla que se defiende con mayor vehemencia). Por eso es necesario comprobar cuidadosamente si estamos o no de acuerdo con lo que dicen los demás.

Para desarrollar el pensamiento crítico de los participantes, el método socrático defiende firmemente que hay que pensar por uno mismo y rechaza el principio de autoridad. Todo lo que hayamos aprendido de los demás (personas, libros, documentales, etc.) es nuestra responsabilidad. No hay excusas para citar los razonamientos de otra persona como sustitutos de los nuestros.

Alcanzar el consenso: la clave del método socrático

El último resultado que quiero mencionar es el consenso. A veces los participantes reaccionan con sorpresa en sus evaluaciones posteriores ante el hecho de que sea posible alcanzar un consenso real en un grupo heterogéneo de personas. Yo comparto este asombro. Durante mucho tiempo pensé que las personas eran tan diferentes en sus estilos de vida y sus maneras de pensar que sería casi imposible alcanzar un consenso que no fuera de compromiso. Lo normal es lo contrario. Claro que esto no es fácil; con frecuencia tenemos que superar muchas dificultades, pero aún así es posible llegar a un consenso. Éste es un aspecto crucial del método socrático. La respuesta a la pregunta de cómo es posible el consenso tiene consecuencias para los procesos que se siguen y para la forma en la que se facilita un diálogo socrático. Por ello, voy a exponer algunas reflexiones sobre esta cuestión.

Aunque nos sorprenda la posibilidad de alcanzar un consenso, quizás deberíamos sorprendernos más ante la posibilidad de entendernos unos a otros. ¿Cómo es posible que tengamos la idea de que entendemos lo que otra persona quiere decir en una conversación aunque no la conozcamos muy bien? Y no quiero decir «entender» con el significado de «reconocer las palabras que otra persona dice», sino en el sentido de «comprensión» (*comprehension*): entender lo que algo significa para una persona, en relación a cuestiones de vital interés para ella, como por ejemplo, criar a los hijos o asumir responsabilidades. Tenemos la idea de que comprendemos a una persona incluso aunque no estemos de acuerdo. ¿Cómo es



posible? Mi tesis es que para que se produzca la comprensión mutua (*mutual understanding*) es necesario un cierto reconocimiento (*recognition*), y ese reconocimiento se refiere a la experiencia. En otras palabras, si nosotros —como individuos con diferentes historias vitales— intentamos entendernos unos a otros, esto sólo es posible cuando apelamos a la experiencia.

Para desarrollar esta tesis ofreceré primero un ejemplo. Un vecino te cuenta el viaje de vacaciones del que acaba de regresar. Tú nunca has estado en los lugares que él ha visitado. Si él no usa nombres o palabras que tú desconoces, es posible que entiendas lo que te está diciendo. ¿Pero puedes entender también sus sentimientos sobre el viaje? Si te cuenta su viaje en plan telegrama (primero estuve aquí, luego allí y después hicimos esto, etc.), lo escucharás como a un desconocido. Lo mismo sucede con las fotos de vacaciones que te enseña sin ningún comentario: no significan nada para ti; lo único reconocible es el vecino. La historia se vuelve más interesante si él te describe la atmósfera y las circunstancias del viaje. Con algo de empatía, probablemente podrías ponerte en su lugar, si es que este tipo de situación no te es del todo desconocida. Cuando te describa lo que sucedió entre la gente, no te será tan difícil imaginar lo que pasó, porque probablemente tú tengas experiencias con situaciones similares, aunque en otras circunstancias. Este ejemplo nos muestra que es necesario recurrir a la experiencia de uno para reconocer la experiencia de otra persona. El entendimiento mutuo se produce por el reconocimiento de la experiencia del otro.²⁸ Somos capaces de pasar por alto las diferencias personales y los detalles (dónde, cuándo, con quién ocurrió algo) y reconocer la historia de otra persona si encontramos algo en nuestra experiencia con lo que podamos compararlo (*something comparable in experience*).

Lo bonito de un diálogo socrático es que funciona con este presupuesto de comprensión: que podemos comparar nuestras experiencias. Es difícil de entender lo que significa eso de «que la experiencia es comparable». ¿Es posible que exista algo así como una «constante antropológica» que relacione nuestras experiencias en cuanto que estructuras? ¿Es nuestra disposición física la causa de que las experiencias tengan un impacto similar? (puesto que una experiencia se manifiesta también como algo físico: se percibe por los sentidos). ¿Estamos activando todos un «programa mental» similar? (después de todo, reaccionamos ante el mismo

²⁸ Por supuesto, la comprensión no depende sólo de lo que uno dice, sino también de la actitud de la persona que escucha: ¿está dispuesta ella a comprender lo que el otro dice? Es como la diferencia entre procesar palabras (oír solamente lo que alguien dice; cosa que también puede hacer un ordenador) y comprender lo que el otro quiere decir.



mundo). Sea cual sea la causa, hay algo que todos tenemos en común cuando afirmamos que nos entendemos unos a otros, aunque no lo expresemos con las mismas palabras, tengamos un concepto diferente de ello y lo relacionemos con otras cosas en nuestro marco de referencia.²⁹ Por ejemplo, cuando alguien dirige un negocio con mucha pasión, es posible entender esto —aunque tú mismo no dirijas un negocio— cuando reconoces esa pasión en otro tipo de actividad que te sea propia, como un pasatiempo. Sobre la base de que hay algo en sus experiencias que puede compararse, los dos pueden investigar con provecho la cuestión: «¿Cuándo tiene sentido una actividad?». Que nos reconozcamos en los otros, a través de aquello que es comparable de nuestras experiencias, ése es el contenido de un diálogo socrático.³⁰ Es verdad que necesitamos una terminología abstracta e imprecisa (como «confianza», «libertad», «amor») para indicar el tipo de experiencia del que estamos hablando, pero el ejemplo dará una forma concreta a esos términos. Tratamos de entender y explicitar el reconocimiento que sentimos cuando se cuenta el ejemplo.

Que la base de la comprensión mutua se encuentra en los elementos de nuestra experiencia fue algo que entendí en un diálogo socrático bastante inusual que facilité con un grupo de ancianos que se conocían muy bien entre sí. Un poco por frivolidad, formularon la siguiente pregunta: «¿Qué es el odio?». El ejemplo elegido fue duro: un participante se enteró de que su hermano había cometido incesto con sus dos hijas durante muchos años. En el momento en que se celebró el diálogo socrático esas hijas estaban destrozadas. El participante odiaba a su hermano por

²⁹ El hecho de que podamos comparar nuestras experiencias es algo que trasciende los límites de la cultura y del lenguaje. Esto no excluye la posibilidad de que la cultura, o nuestro entorno lingüístico, determine cómo aprendemos a usar las palabras y qué ideas asociamos a ellas (las diferencias de expresión y otras ideas parecidas nos indican que de hecho es así). Estas determinaciones pueden ser características de una cultura, pero son secundarias ante la posibilidad de entendernos unos a otros. La inteligencia nos permite ver a través de las diferencias que generan las culturas. (El «orden simbólico» no es todo lo que hay; la experiencia lo trasciende). Sería muy interesante hacer un diálogo socrático con gente de procedencia cultural muy distinta, para averiguar si es un concepto válido la idea de que «las experiencias son comparables». ¿Qué trascendencia tiene? (La limitada importancia de la interpretación, ¿acaso no reduce la significación del «giro lingüístico», especialmente en la filosofía francesa?) Negar que la experiencia es comparable es negar la posibilidad de leer autores de otras culturas: Platón, los poetas chinos, etc. No es fácil entenderlos, pero no es muy diferente de entender a otras personas de tu misma cultura. Puede que las diferencias sean mayores, pero aún existe algo que podemos comparar, y eso es indispensable para que podamos comprender.

³⁰ Este contenido es característico del diálogo socrático como práctica filosófica y lo hace diferente a otras formas de comunicación en las que el objetivo es la información o la instrucción (entender las instrucciones de funcionamiento de un aparato implica un esfuerzo diferente a comprender los motivos y actos de una persona). La filosofía comparte con la literatura la cuestión de «si las experiencias son comparables». El escritor también intenta comprender el tema sobre el que está escribiendo. Mucho más que en un diálogo socrático, su estrategia consiste en describir situaciones que sean significativas y no tanto en conceptualizarlas. En sus descripciones, el escritor materializa (*actualize*) la idea de que «la experiencia es comparable», como el vecino que nos cuenta su viaje de vacaciones; si no lo consigue, su historia no conseguirá captar la atención del lector.



lo que les había hecho. Todo el mundo entendió por qué. En seguida, la atmósfera del grupo se volvió negativa. Tuvimos que cambiar de tema para poder continuar. Decidimos situar el ejemplo desde otra perspectiva: «¿Cuándo es posible el perdón?». Para la mayoría de los participantes la historia era tan horrible que dijeron que era imposible perdonar a ese hombre. Sorprendentemente, una de las participantes comentó que tenía ciertas dudas. La mujer había sido víctima de incesto. Durante casi veinte años no había podido reencontrarse con su padre. Durante ese período de tiempo el dolor casi había desaparecido, pero aún no podía perdonarlo, hasta que un día vio a su hijo de dieciocho años salir desnudo del baño. Para su propia sorpresa, se sintió sexualmente atraída por él. Entonces se dio cuenta de cuáles fueron los sentimientos de su padre hacia ella en el momento del incesto. La reacción de su padre al impulso fue muy diferente a la suya, pero advirtió que había algo en su experiencia que podía compararse con aquélla. Como consecuencia, el hombre al que había odiado tantos años se convirtió de nuevo en un ser humano. Apoyándose en este reconocimiento, fue capaz de perdonar a su padre, y aunque, según ella, eso no disminuyó su culpa, y a pesar de que el dolor aún no había desaparecido, con el perdón cayó de sus hombros un pesado fardo.

Esta historia cambió por completo el curso de la investigación. Los prejuicios emocionales («es imposible perdonar un caso como éste») tuvieron que dejar paso a un enfoque más equilibrado, y se necesitó un autoanálisis atrevido, más allá de los límites de la indignación moral: ¿hay alguna pista en uno mismo, alguna cosa en común, que se pueda comparar con lo que ese malvado había hecho? Casi a la fuerza los demás participantes llegaron a la conclusión de que era demasiado fácil valorar ese comportamiento como inhumano, como si fuera algo totalmente ajeno a ellos, igual que los impulsos que lo provocaron. Para comprender a la participante que fue capaz de perdonar fue necesario vencer los prejuicios emocionales. Nos sentimos agradecidos por su coraje y por su sabiduría; eso nos permitió realizar las distinciones necesarias para aceptar los aspectos de la situación que podíamos reconocer. Finalmente pudimos ponernos de acuerdo en la formulación de algunas condiciones para el perdón.

Esté diálogo tomó un rumbo inesperado. Cambiamos la pregunta inicial, lo que es muy poco frecuente, y prestamos mucha atención a un segundo ejemplo que se trajo a colación, lo que tampoco es muy habitual. Además asumimos un gran riesgo: el ejemplo elegido era de algún modo demasiado emocional (y está claro que un diálogo socrático no es psicoterapia). Fue posible asumir ese riesgo sólo



porque los participantes se conocían muy bien, y el resultado valió la pena. Incluso aquellos que al principio rechazaban el perdón como una idea con sentido (*meaningful notion*), descubrieron cuál podría ser su importancia gracias al segundo ejemplo: el tema de discusión ya no era el incesto que cometió el hermano, sino la mujer que nos mostró cómo ella había sido capaz de perdonar. Este diálogo socrático es interesante porque muestra claramente que para poder comprender una situación es necesario que haya algo en nuestra experiencia con lo que podamos comparar. Para desentrañar una situación compleja y delicada, los participantes tuvieron que pensar situaciones en las que ellos habían experimentado algo similar. Y consiguieron hacerlo.

Llego ahora a la esencia del diálogo socrático, que yo definiría de la siguiente forma: investigar una suposición común y hacerla explícita. Cuando elegimos un ejemplo relacionado con la pregunta inicial y todos suponemos que este ejemplo contiene una respuesta a esa pregunta, entonces son importantes dos cosas: que eso es una suposición (todavía tenemos que analizar el ejemplo para averiguar exactamente qué es lo que quiere decir) y que esa suposición es común. Por lo tanto, un diálogo socrático no es sólo el esfuerzo de *pensar conjuntamente*, sino también el de *pensar lo que tenemos en común*.³¹ El ejemplo mencionado más arriba muestra que no siempre es fácil entrar en contacto con lo que tenemos en común, especialmente porque el tema está integrado en las distintas situaciones biográficas de los participantes, cada uno de ellos con su propia manera de sentir. La búsqueda de esta dimensión es lo que convierte al diálogo socrático en una aventura muy interesante.

El esfuerzo de pensar lo que tenemos en común nos conduce al resultado principal del diálogo socrático. Al esforzarnos por alcanzar un consenso, identificamos lo que tenemos en común y tomamos consciencia de ello: virtudes, valores e ideales que hacen que la vida merezca la pena (como la libertad, la amistad y la confianza mutua). Probablemente todos nosotros actuamos conforme a esos valores e ideales en nuestra vida diaria de manera diferente; probablemente tengan otras consecuencias en nuestra peculiar situación biográfica, pero en cierto sentido, esos valores e ideales son de alguna forma concepciones vitales (*life-*

³¹ La única prueba de que existe algo espiritual, como «la libertad» o «la lealtad», consiste en poner de manifiesto y explicitar lo que tenemos en común (es decir, aquellos elementos de nuestra experiencia que son comparables), porque esto no se puede demostrar empíricamente; solamente se puede investigar a través de la experiencia. En este sentido, podemos utilizar el diálogo socrático como un experimento filosófico (en su sentido científico). Mediante el test de la experiencia podemos poner a prueba la validez de las ideas y de las teorías filosóficas.



directing conceptions) que dirigen la vida diaria de todos nosotros. En un diálogo socrático, estas concepciones no implican un simple cambio sin importancia en la conversación, sino que entran en juego en la discusión como elementos de vital importancia.³²

Provocar esta experiencia es una de las características típicas del diálogo socrático: se trata de hacer realidad un tema de nuestra vida diaria de vital importancia para nosotros. Esta «materialización» (*actualization*) se lleva a cabo a través de distintos medios: con la descripción del ejemplo, con la empatía (para ponerse en el pellejo de la persona que aporta el ejemplo) y con la argumentación (que clarifica la importancia del tema que está en juego).³³

La tesis que afirma que la comprensión se produce por medio de la experiencia tiene sus consecuencias para la forma en que yo facilito los diálogos socráticos. En mi experiencia, es muy importante que uno se imagine en la situación que describe el ejemplo: cuando los participantes no lo consiguen, no hay base para la comprensión mutua y la búsqueda de un consenso que no sea de compromiso está condenada al fracaso. Nos encontramos con que no hay nada en nuestra experiencia que podamos comparar, nada que explorar. Por eso acentúo la importancia de la empatía, especialmente en la elección y el desarrollo del ejemplo. Sin nada de nuestra experiencia con lo que podamos comparar, no habrá comprensión mutua ni consenso.

Filosofía socrática: la sabiduría que se aprende desde la experiencia

³² Recuerdo vívidamente un diálogo socrático que facilité sobre la tolerancia. Al principio, la «tolerancia» no era más que uno de esos términos que utilizamos en el lenguaje cotidiano, casi un cliché. Sin embargo, durante la discusión se transformó en una virtud importante, especialmente a causa de una experiencia personal muy por falta de tiempo que se eligió como ejemplo. El ejemplo trata de una amistad sometida a una fuerte presión. Durante un periodo de tres años, un amigo muy cercano de uno de los participantes se convirtió en un fanático religioso y eso puso a prueba su tolerancia frente a los extremismos. Los participantes defendieron opiniones muy diferentes sobre lo que era tolerable y lo que no. Para comprender qué significaba la tolerancia en este ejemplo específico fue necesario discutir durante mucho tiempo. No todo el mundo fue capaz de mostrar el mismo comportamiento que mostraba el ejemplo, pero se planteó una posibilidad que supuso un reto para todos nosotros.

El ejemplo de un diálogo socrático no es sólo material para investigar; es también un modo de revitalizar el tema de discusión. Aunque ha pasado bastante tiempo desde entonces, todavía recuerdo muy bien el ejemplo que investigamos, aunque no me acuerdo de las conclusiones del diálogo. El recuerdo del ejemplo puede reavivar la importancia del tema y volver a plantear de nuevo la cuestión.

³³ Para adaptar el diálogo socrático a situaciones más específicas (por ejemplo, en el ámbito empresarial, donde no disponemos de mucho tiempo) es muy importante esta cuestión: ¿existe alguna posibilidad razonable de conseguir la experiencia filosófica que caracteriza al diálogo socrático? Cuando los participantes, por falta de tiempo, tienen dificultades para dar vida al tema que están tratando, creo que en ese caso habría que reconsiderar el uso del diálogo socrático: se perdería su efecto más importante y se convertiría fácilmente en otra herramienta más para resolver problemas.



Por el momento, hemos presentado un buen número de resultados. Al hablar de ellos, los he relacionado con las características de un diálogo socrático: con la estructura y las reglas del diálogo, y con las virtudes socráticas. Al relacionarlos, he mostrado su relevancia y su efectividad. Estas tres características son esenciales para un diálogo socrático. El desarrollo del diálogo socrático será posible si seguimos el curso de la acción y respetamos sus reglas e incentivos. Del mismo modo que las reglas del juego son esenciales para el fútbol (y son las que los distinguen de otros juegos), las reglas son esenciales para el diálogo socrático. El diálogo socrático es un juego que se parece a otros juegos, a otras formas de filosofar.

Un diálogo socrático es un «juego» con una intención y un propósito muy claros. Los que quieran participar en él tienen que aceptar las reglas de este juego. A veces ocurre que los participantes no están de acuerdo con algunas reglas (por ejemplo, quieren ofrecer ejemplos hipotéticos o comentar las teorías de otros filósofos). Sin embargo, es imposible acceder a esas demandas, salvo que el grupo esté dispuesto a entablar un diálogo diferente: sería como jugar al fútbol e insistir en usar las manos; sería otro juego diferente. Filosofar desde la experiencia es algo nuevo para casi todos los participantes. Para algunos, el diálogo socrático es la única forma de pensar razonable (no están interesados en escuchar una conferencia que presente el pensamiento de los grandes filósofos); muchos lo experimentan como algo enriquecedor y esos pocos que consideran a la filosofía como una reflexión de tipo general, en la que la discusión sobre los grandes pensadores juega un papel más importante, lo aprecian algo menos.

Debería quedar claro que filosofar desde la experiencia no es la concepción corriente de la filosofía (académica). Muchas veces tenemos que justificar nuestra actividad como filósofos prácticos (*philosophical practitioners*)³⁴. Nos debemos enfrentar a preguntas como: ¿qué concepción de la filosofía subyace al diálogo socrático? Al plantear esta pregunta normalmente se toma como punto de referencia la práctica académica de la filosofía. Desde esa perspectiva, el diálogo socrático habitualmente se concibe como «una condensación o compendio» de lo que hacen los grandes pensadores. Se supone que es una «aplicación», y que el

³⁴ (N. del T.) Quizás los términos más precisos para traducir *philosophical practitioner* sean *practicantes filosóficos* o *filoprácticos* (por analogía con *quiroprácticos*), pues el sustantivo *práctico* o *practicante* constituye el elemento fundamental de la *díada* y el adjetivo *filosófico* el elemento secundario, y habría que reservar el término de *filósofos prácticos* sólo para los filósofos que hacen filosofía práctica, es decir, para aquellos que escriben y disertan (de manera teórico), sobre cuestiones éticas, políticas o económicas. Los *practicantes filosóficos* serían, pues, aquellos filósofos que hacen práctica filosófica, es decir, que filosofan con otras personas, ya sea individualmente o en grupo.



verdadero trabajo se desarrolla en otra parte. Estas formulaciones presuponen una concepción de la filosofía ajena al diálogo socrático. El diálogo socrático no es un tipo de filosofía «exegética» que se desarrolle de los textos clásicos y en el que pensar por uno mismo sea algo secundario, y donde la experiencia personal apenas tenga importancia. El diálogo socrático tiene otras prioridades: se acepta que merece la pena examinar las experiencias personales y que éstas son una fuente muy rica de conocimiento. Todas las personas son capaces de reflexionar sobre aquellas cuestiones que verdaderamente les interesan, de hacerlo desde su propia experiencia y de aprender durante el proceso. En otras palabras, se invita a los participantes a confiar en su propia racionalidad y en el valor de su bagaje como personas que piensan y experimentan. Se considera que los participantes son expertos en el campo de la experiencia.³⁵

El diálogo socrático implica también otra concepción del papel que desempeña un filósofo. Ya no crea modelos conceptuales para otras personas, sino que facilita la reflexión de personas independientes.³⁶ Esto se refleja muy bien en aquellas situaciones en las que se examinan cuestiones de ética profesional. En estas situaciones no se contrata a un filósofo para que enseñe reglas de comportamiento, pues la mayoría de las veces todo el mundo las conoce. Sin embargo, no es suficiente con obedecer las reglas, puesto que la realidad es más poderosa que la teoría.³⁷ Esto se pone de manifiesto en diversas situaciones: en esas áreas grises

³⁵ Aquí nos enfrentamos a los límites del diálogo socrático: sólo podemos investigar lo que está dentro del ámbito de la experiencia de los participantes. Los problemas de tipo sistemático (como la legislación, la política o las estructuras sociales) también aparecen en la práctica diaria. El trabajo, por ejemplo, se puede considerar de diferentes maneras: por un lado, como la función que se ejerce en una estructura organizativa, relacionándolo con una posición legal, con escalas de salarios, estadísticas, etc. Por otra parte, el trabajo es una actividad de una persona y se caracteriza por tener un significado, un sentido y unos valores. En un diálogo socrático investigamos esto último: el significado que el trabajo representa para esa persona determinada y la ética de su profesión. El objetivo puede ser una reorientación de los valores, las virtudes y los ideales de su trabajo.

³⁶ Esta nueva situación, fuertemente estimulada desde la Ilustración, sigue pareciéndole a los filósofos una situación un poco extraña. A algunos les gusta verse como autoridades morales con una función indispensable en la formación de juicios. Estos juicios se supone que se basan en algo de lo que los filósofos se proclaman expertos. Pero si resulta que cualquiera puede aprender de la experiencia y formarse un juicio equilibrado, los filósofos pierden su función de autoridades morales. En otras palabras, el filósofo, como individuo privado, se convierte en uno más entre los otros: es un participante más. En mi experiencia como formador de facilitadores socráticos, los filósofos profesionales a menudo presentan un diálogo socrático como algo para «legos», como si estuviesen tratando con pacientes que necesitan algo que ellos ya no necesitan. Pero ni la práctica filosófica es algo para «pacientes» ni el facilitador ya lo sabe todo. La práctica filosófica debería ser también una práctica para los filósofos. Yo me alegro de no ser sólo un facilitador, puesto que veces soy también un participante. Aprendo mucho de ello para mi propia vida. Por la misma razón, no es extraño que la gente participe en un diálogo socrático más de una vez. Algunas personas asisten a un diálogo socrático casi cada año.

³⁷ Las reglas, por su carácter general, no pueden hacer justicia a todas las complejidades de la vida. Esperarlo todo de las reglas es como podar un árbol hasta que sea posible medirlo con una vara recta: se perderán muchas ramas. Conocer las reglas nos proporcionará mucho conocimiento (*insights*), no sobre las reglas, sino más bien sobre la complejidad de la vida; las reglas nos permiten mejorar nuestra capacidad de discernimiento.



no tenemos claro que es lo que hay que hacer o cuando hay compañeros de trabajo que tienen opiniones diferentes (pienso, por ejemplo, en unos oficiales de policía que tratan de entender qué es la integridad). También hay otros factores que complican la situación: las lealtades, el interés propio, las inclinaciones afectivas, etc. A causa de esta confusión sobre cómo debemos actuar es importante investigar las consecuencias de una acción (o de una decisión) y los valores que están en juego. La capacidad de discernimiento personal se agudiza, de modo que uno puede reaccionar ante nuevas situaciones de una manera más adecuada. Esta agudización del discernimiento tiene lugar al relacionar el conocimiento (de las reglas, por ejemplo) con la experiencia y, sobre todo, al reforzar la confianza en la propia experiencia personal y en la capacidad de pensar por uno mismo. La tarea del filósofo consiste en apoyar este proceso.

El diálogo socrático nos brinda la oportunidad de poner en práctica la filosofía como «amor a la sabiduría». La diferencia entre el conocimiento y la sabiduría consiste en que la sabiduría se aprende de la experiencia, es un conocimiento adquirido y se muestra en los actos de cada uno. La sabiduría es imposible sin consultar con nuestra propia experiencia.³⁸ Si la filosofía puede considerarse como un esfuerzo por hacernos sentir a gusto en la vida (*feel at home in life*), entonces el diálogo socrático busca la comprensión que se necesita para ello, no en la construcción de un orden metafísico que lo abarque todo y en el que el hombre ya tiene un destino (como en el sistema hegeliano), sino en la investigación de experiencias que nos permitan agudizar nuestro poder de discernimiento y nos ayuden a vivir de verdad en el presente.³⁹ Esta es la importancia de filosofar desde la experiencia: la atención permanece enfocada hacia la práctica de cada día. Al tomar un ejemplo concreto como piedra de toque para la investigación, reconocemos el valor de una experiencia: es algo único que al mismo tiempo

³⁸ ¿Para qué filosofamos? No pretendo insinuar que únicamente el diálogo socrático pone en práctica el «amor a la sabiduría», aunque gran parte de la filosofía académica parece estar más interesada en proporcionar textos incestuosos de autocomplacencia teórica en nombre de un gran pensador (es frecuente el fenómeno de los «creyentes» en un filósofo en particular). Claro que el estudio de los grandes pensadores también puede ser una verdadera actividad filosófica. Entrar a dialogar con estos pensadores puede inducirnos a pensar por nosotros mismos. El espíritu del diálogo socrático consiste en enfrentarse a las ideas de los grandes pensadores de la misma manera con la que nos enfrentamos a las ideas de cualquier otra persona. Se las examina por su potencial para clarificar nuestras propias cuestiones vitales.

³⁹ Véase mi artículo «Experimental Wisdom and the art of living: On Zen, Nietzsche and the implicit cosmovision of philosophical practice» [La sabiduría práctica y el arte de vivir: sobre el zen, Nietzsche y la cosmovisión implícita de la práctica filosófica], en *Perspectives in Philosophical Practice* (1997). Para vivir de verdad en el presente como algo que merece la pena y como un rasgo que caracteriza una vida plena es necesario que nos enfrentemos a los obstáculos de nuestra vida personal y de nuestra propia cultura. En este artículo analizo estos obstáculos y adjudico un objetivo terapéutico a la práctica filosófica para que pueda abordarlos.



representa un aspecto general. La verdad que se busca tiene que ver, ante todo, con el individuo que investiga. El conocimiento y la comprensión no son metas en sí mismos; se ponen al servicio de la «vida buena», del arte de vivir.

El arte de vivir

Los beneficios del diálogo socrático no pueden traducirse en una cuenta de resultados. Lo que ganamos es un autoconocimiento que ha pasado la prueba de un proceso intersubjetivo. ¿Para qué nos sirve eso? El diálogo socrático puede servir para descubrir los valores que van más allá de los beneficios materiales: el arte de vivir. Los antiguos griegos ya enfatizaron que el autoconocimiento es algo indispensable.⁴⁰ Para ellos, la reflexión era un instrumento para llevar una «vida buena». En la medida en que la felicidad está en nuestras propias manos, somos responsables de los valores e ideales que dirigen nuestros actos. Para ello, debemos conocernos a nosotros mismos, examinar nuestras vidas, investigar nuestras prioridades y, si es necesario, cambiarlas. De esta forma, los hábitos irreflexivos y las normas de actuación (que hemos recibido de nuestros padres o de la sociedad, por ejemplo) se pueden transformar o reemplazar por concepciones que dirijan nuestra vida (*life-directing conceptions*). Este proceso crea individuos moralmente independientes. Y esto solo ocurre convirtiéndonos en el sujeto de nuestras concepciones que dirigen nuestra vida. El ser humano, en el sentido de «el animal menos determinado», tiene un espacio ético que él mismo debe gestionar, si no está satisfecho con una vida dócil. Esta creación de uno mismo (o autocreación) no es algo que se haga una vez para siempre; es un proceso permanente. En este sentido, la vida se convierte en un arte. El diálogo socrático como una práctica de autoanálisis (*self-examination*) e investigación sobre cuestiones vitales cobra su significado desde la perspectiva de este arte de autocreación (*self-creation*).

El autoanálisis y la reflexión son también importantes en la vida profesional: por ejemplo, para reorientar nuestra carrera profesional y examinar los valores, las virtudes y los ideales que son importantes en el ejercicio de nuestra profesión.⁴¹

⁴⁰ Sobre la concepción del arte de vivir de epicúreos y estoicos, véase Hadot (1995)

⁴¹ Necesitamos la reflexión, por ejemplo, para evitar el «síndrome del trabajador quemado» (*burn-out*). A menudo, la realidad es muy diferente de nuestras expectativas iniciales: a veces es necesaria la reorientación laboral para evitar una pérdida de sentido y de motivación. También necesitamos la reflexión para estar en sintonía con los cambios en la cultura empresarial. Esto puede compararse con la valoración positiva del cambio continuo que defienden las teorías de la organización, como en el caso de la teoría de la «organización abierta al aprendizaje» (*learning organization*). Estas teorías hablan de un



Cada vez más empresas se dan cuenta de que no funciona imponer un código moral desde arriba. Es más efectivo que la gente reflexione por sí misma y descubra qué valores y qué criterios están en juego. Ya tienen experiencia de las consecuencias de sus actos, de sus dilemas y responsabilidades. Para clarificar esto no necesitan un experto externo; pueden aprender de su propia experiencia, y un diálogo socrático les puede ayudar a hacerlo (mi trabajo con oficiales de policía, enfermeras y funcionarios municipales, por ejemplo, confirma esta idea).

Vivimos en una era que pone en práctica cada vez más las exigencias de la Ilustración.⁴² Si no queremos que otros nos digan cuáles deben ser nuestros valores e ideales, entonces la única alternativa, en mi opinión, es aprender de nuestra experiencia. Después de todo, la vida es el único «gurú» de verdad, no con mensajes estereotipados, sino con instrucciones dinámicas, diversas y siempre cambiantes. Tanto en la vida pública como en nuestras profesiones los valores y las normas funcionan cada vez menos como moneda común. Si la moralidad ya no es algo que haya que dar por sentado, entonces es necesario que reflexionemos sobre la ética. El diálogo socrático ofrece una excelente oportunidad para lograr este propósito.⁴³

Hacer de la vida un arte no es solamente una opción atractiva. Responsabilizarnos de nuestra propia vida va acompañado de inseguridad, especialmente cuando debemos cuestionar los hábitos y las normas de actuación en aras de la creación de uno mismo. Ser el sujeto de las concepciones que dirijan nuestra vida exige mucha valentía, por ejemplo, para resistir a lo que se supone que es «normal». Para algunos, ésta es una razón para pensar que la independencia moral es un ideal demasiado elevado: sostienen que no somos capaces de afrontar

«dominio personal» (*personal mastery*) y de que las personas deben embarcarse en un «aprendizaje permanente» (*lifelong learning*). Véase Peter M. Senge (1990).

⁴² Intelectualmente, puede que los ideales de la Ilustración estén en cuestión y sean fuertemente criticados (por ejemplo, en la filosofía posmoderna francesa). Pero políticamente no es así: en la práctica de la vida diaria la emancipación del individuo es una de las prioridades de la agenda política, especialmente en las sociedades occidentales (no hay más que ver el énfasis sobre los derechos del trabajador individual, la individualización de la legislación, el cuidado por uno mismo en la terapia, etc.). En este sentido, es más preciso decir que la era de la Ilustración acaba de comenzar que declarar que ésta ha concluido. Sus ideales, con las modificaciones propias del paso del tiempo (y con la ayuda de sus críticos de primera y segunda fila), están hoy más vivos que nunca y todavía queda mucho trabajo por hacer (y no sólo en Occidente). Creo que la práctica filosófica, y en particular el diálogo socrático, es un instrumento muy valioso para que estos ideales se hagan realidad.

⁴³ A pesar de que a veces es muy grande la tentación de considerar al diálogo socrático simplemente como otro método formal con propósitos instrumentales (por ejemplo, en el ámbito de las organizaciones), me gustaría subrayar su función *emancipadora*: más que otra cosa, el diálogo socrático es método para aprender de la experiencia que se basa en el pensamiento propio y un instrumento para desarrollar el arte de vivir. En este sentido, suscribo las intenciones políticas de Nelson cuando creó el método socrático a principios del siglo veinte, aunque me gustaría reformularlas en función de una situación cultural ha evolucionado mucho que desde entonces.



esa responsabilidad y que por eso necesitamos todavía autoridades morales (líderes religiosos, libros sagrados, científicos, etc.), pues sin unas normas morales fijas la gente se siente confusa y desorientada. En el diálogo socrático (entendido éste como una forma de práctica filosófica) se defiende un enfoque diferente. Se combate la inseguridad fortaleciendo la confianza en la capacidad que tenemos de pensar por nosotros mismos y en la importancia de la experiencia personal.⁴⁴ Todo el mundo es capaz de examinarse a sí mismo y aprender de la experiencia. Solamente la falta de confianza en uno mismo y la ausencia de un entorno estimulante —que sea a la vez acogedor y crítico— pueden dificultar que esta capacidad se haga realidad.⁴⁵

El autoanálisis es indispensable para liberarnos de cargas innecesarias y de la ignorancia, y por ese motivo es una preocupación muy importante para el desarrollo del arte de vivir. Siempre nos beneficiará desarrollar bien nuestra capacidad de discernimiento. Temas como la libertad, la responsabilidad y la confianza son importantes en la vida diaria, aunque rara vez tenemos la oportunidad de reflexionar sobre ello. Analizando estas cuestiones en profundidad en un diálogo socrático, no solo mejoramos el conocimiento de nosotros mismos y agudizamos nuestro discernimiento, sino que también tomamos conciencia de aquello que hace que la vida merezca la pena. De hecho, eso es lo importante del cuestionamiento filosófico (*philosophical questioning*). Por ejemplo, al buscar una definición —el famoso arte socrático—, la investigación revitaliza el tema que se está cuestionando. Y esto nos orienta una vez más hacia la adquisición de una «vida buena». La verdad se materializa (*actualizes*) en la búsqueda de sí misma.

El arte de vivir intenta fundamentalmente que nos sintamos a gusto en la vida, de modo que nos levantemos con alegría cada nuevo día y nos acostemos agradecidos por lo que el día nos ha deparado, tal como dijeron los epicúreos. Pero esto no sucederá sin esfuerzo. Entender cuestiones como la de la de libertad (o cualquier otra) implica una diferencia cualitativa en la manera en que vivimos nuestra vida. La comprensión hace que sea más fácil sentirnos «como en casa». Por lo tanto, el diálogo socrático es, en mi experiencia, un ejercicio de ética personal y en el arte de vivir.

⁴⁴ Sin la confianza en uno mismo que proporciona nuestro sentido de la verdad estamos obligados a creer en las autoridades.

⁴⁵ Está claro que combinar «acogedor» y «crítico» no siempre es fácil. Como facilitador, mi tarea consiste en conseguir que exista un equilibrio entre estos dos elementos. Si prevalece la crítica de los participantes, algunos optarán por retirarse y se convertirán en espectadores. Si les invitamos a expresar cualquier idea que se les cruce por la mente sin examinarlas cuidadosamente, el riesgo de la obstinación no será sólo imaginario, y se perderá el efecto crítico que genera un verdadero diálogo.



Referencias bibliográficas

Hadot, P. (1995). *Philosophy as a Way of Life*. Cambridge, USA: Blackwell.
[Trad. esp.: *¿Qué es la filosofía antigua?*, Madrid, FCE, 1998]

Heckmann, G. (1993). *Das Sokratische Gespräch. Erfahrungen in philosophischen Hochschulseminaren*. Frankfurt am Main: dipa-Verlag.

Lahav, R. y da Venza Tillmans, M. (eds.) (1995). *Essays on Philosophical Counseling*. New York: University Press of America.

Nelson, L. (1987). *Die Sokratische Methode*, G. Raupach-Strey (Hg.), Kassel-Bettelhausen. [Trad. esp.: «El método socrático», *Diálogo filosófico*, n.º 80, Madrid, mayo-agosto 2011]

Senge, P. M. (1990). *The Fifth Discipline. The Art and Practice of the Learning Organization*. New York: Doubleday. [Trad. esp.: *La quinta disciplina. El arte y práctica de la organización abierta al aprendizaje*, Barcelona, Granica, 1993]

Van der Vlist, W. (1997). *Perspectives in Philosophical Practice. Collected Lectures Held at the Second International Congress on Philosophical Practice*. Groningen: Vereniging voor Filosofische praktijk.

Dries Boele es un filósofo holandés vinculado al movimiento internacional de la práctica filosófica, del que es un destacado miembro, así como el introductor de la metodología de los Diálogos Socráticos en el mundo angloparlante (especialmente en EEUU). Ha escrito numerosos artículos sobre estas cuestiones. Más información en su web personal: <http://home.kpn.nl/boele097>.